

biría en alta mar, víctima de un horrible siniestro. Era el «Guadaira», cuya caldera de vapor reventó junto á Marsella, el 16 de Junio de 1872.

A las tres partimos con dirección á Cádiz.

X

CADIZ

Fué aquella tarde la más deliciosa de mi viaje. Poco después que el buque se había puesto en marcha, comenzó á soplar una de esas ligeras brisas que juegan, como una mano de niño, con vuestros cabellos y vuestra corbata. Y de la popa á la proa se levantó un alegre murmullo de voces de mujer y de niño, como sucede en la comitiva de una gira, al primer chasquido del látigo que anuncia la salida para el campo.

Todos los pasajeros se reunieron en la popa á la sombra de un gran toldo de colores, como un pabellón chino, y unos se sentaron sobre los rollos de cuerdas, otros se tendieron sobre el puente, otros se apoyaron en la borda, de cara á la torre del Oro, para gozar del espectáculo encantador y famoso de Sevilla, cuando se aleja y desaparece.

Algunas mujeres tenían todavía la cara bañada en lágrimas vertidas durante el reciente ¡adiós! Los niños no habían vuelto aún del aturdimiento que les causara la trepidación de la máquina; varias señoras altercaban aún vivamente con los faquines que les habían conducido el equipaje. Pero á los pocos instantes se calmó todo el mundo: empezaron á mondar naranjas, á encender ciga-

rros, á hacer circular botellas de licor, á trabar conversación con los desconocidos, á fararear, á reír. Al cuarto de hora todos éramos amigos. El buque volaba dulcemente, como una góndola, por sobre las aguas tranquilas y limpidas que reflejaban como un espejo los blancos vestidos de las damas, y el aire nos traía de las orillas, pobladas de quintas, el agradable olor de los naranjos.

Sevilla se había ocultado detrás de su cinturón de jardines, y sólo veíamos un inmenso monte de árboles verdes, y por encima la masa negra de la catedral, y la Giralda, color de rosa, con su estatua refulgente como una lengua de fuego. A medida que nos alejábamos, la catedral parecía más grande y majestuosa, como si fuera siguiendo al buque y ganando terreno: ya parecía que persiguiéndonos se alejaba de la orilla, ya que se ponía á horcajadas sobre la corriente del río; hubo un momento en que se había vuelto al sitio; pero un momento después creímos que se acercaba tanto al buque como si éste hubiera vuelto atrás.

El Guadalquivir serpentea formando curvas sumamente pronunciadas, y según el buque se inclina de un lado ó de otro, Sevilla aparece ó desaparece. Ya se presenta de improviso sobre un lado, lo mismo que si se hubiera alejado de su circuito; ya aparece sobre los bosques, resplandeciente de blancura como un tejado cubierto de nieve; ora deja ver aquí y allá, entre la verdura, algunas fajas blancas, ora se oculta de nuevo, haciendo toda clase de giros y coqueterías, como una mujer caprichosa. Desaparece, por último, y no se la ve más, quedando sólo al descubierto la catedral. Entonces uno ya no se ocupa más que de mirar las orillas. Parece el viaje por el estanque de un parque. Aquí una colina revestida de cipreses, allá una florida eminencia, más lejos un pueblo tendido á lo largo de la orilla; y por sobre los emparrados de los jardines y desde las quintas, muchas cabezas de curiosas damas que

nos miraban, siguiéndonos con la ayuda de anteojos. Acá y acullá grupos de familias de campesinos con sus trajes de vivos colores, embarcaciones a la vela, chiquillos en cueros que se sumergían en el agua, que nadaban, que daban volteretas, gritando y agitando sus manos hacia las señoras del buque, que se cubrían la cara con el abanico.

A algunas millas de Sevilla encontramos tres vapores que navegaban á poca distancia uno de otro. El primero, en una revuelta del río llegó de improviso sobre nosotros, y como yo carecía de experiencia en esta clase de navegación, creí por un momento que no tendríamos tiempo de evitar el abordaje. Los otros dos pasaron casi tocándose y sus pasajeros se saludaron tirándose cigarros y naranjas, y encargándose mutuamente misivas y saludos para Cádiz y para Sevilla.

Mis compañeros de viaje eran casi todos andaluces; tanto es así, que al cabo de una hora de conversación los conocía desde el primero al último, ni más ni menos que si todos hubiesen sido amigos míos desde la infancia. Cada uno de ellos participaba acto seguido á quien quería ó no quería oírlo, quién era, qué edad tenía, qué hacía, á dónde iba, cuántas queridas había tenido y cuántas pesetas llevaba en el bolsillo.

Me tomaron por un cantante, lo que no es maravilla, si se considera que en España el pueblo cree que las tres cuartas partes de los italianos viven cantando, bailando ó declamando.

Un caballero, viendo en mis manos un libro italiano, me preguntó sin encomendarse á Dios ni al diablo:

—¿Dónde ha dejado usted la compañía?

—¿Qué compañía?—le pregunté.

—Pues, ¿no cantaba usted con la Fricci en el teatro de la Zarzuela?

—Lo siento; pero nunca he puesto los pies sobre las tablas de un teatro.

—¡Ah! Entonces es necesario confesar que el segundo tenor y usted se parecen como dos gotas de agua.

—Podrá ser—le dije.

—Usted perdone.

—No hay de qué.

—¿Pero usted es italiano?

—Italiano, sí, señor.

—¿Y usted canta?

—Lo deploro; pero no he cantado nunca.

—¡Es extraño! A juzgar por la complexión de su pecho y cuello, hubiera jurado que tenía una magnífica voz de tenor.

Toquéme el pecho y la garganta, y respondí.

—Es posible que tenga esa voz; pero yo no lo sé. Ensayaré, no obstante, porque tengo dos de las condiciones necesarias: soy italiano y tengo cuello de tenor. ¡Y qué demonios! He de tener voz necesariamente.

En aquellos momentos, la «prima donna» de la compañía, que había oído nuestro diálogo, se mezcló en la conversación, y toda la compañía después.

—¿Es usted italiano, caballero?

—Para servir á usted, señora.

—Se lo he preguntado porque deseo que me haga usted un favor. ¿Qué quieren decir estos versos del «Trovatore»:

*Non puo nemmen un Dio,
Donna, rapirti á me?*

—¿Es usted casada, señora?

Y todos se echaron á reír.

—Sí—respondió la «prima donna»;—pero, ¿porqué me lo pregunta usted?

—Porque... *un Dio non puo nemmen rapirti*, significa lo que su marido, si tiene ojos en la cara, le dirá á usted todas las mañanas al levantarse y todas las noches cuando se acueste: «Ni Dios mismo podría arrancármela».

Los demás se rieron, pero á la «prima donna» se le hizo tan en extremo extravagante la arrogancia de su marido, sintiéndose tan seguro hasta contra un Dios,—siendo así que tal vez sabía ella que no

siempre lo había estado ni aun de los mortales.— que apenas se dignó sonreír á mi cumplido. Pidióme en seguida la explicación de otro verso, y después de ella el barítono, y después de éste el tenor, y después del tenor la tiple ligera, y así todos los demás, de modo que no hice más durante mucho rato que ir traduciendo malos versos italianos en detestable prosa española, con gran contentamiento de aquellas buenas gentes, que por primera vez podían decir que comprendían algo de lo que tantas veces habían cantado, dándose aires de entenderlo.

Cuando cada cual hubo satisfecho su curiosidad, la conversación se enfrió. Quedéme un rato con el barítono, que me tarareó un aire de zarzuela; después me acerqué á un corista, el cual me contó que el tenor hacía la corte á la «prima donna»; me llevé luego aparte al tenor, cuyas confidencias me dieron á conocer los secretos íntimos de la mujer del barítono; finalmente conversé con la «prima donna», de cuya boca salieron pespes para toda la compañía. Pero todos eran íntimos amigos, y cuando se encontraban al ir y venir por el puente, los hombres se hacían cosquillas, las mujeres se enviaban besos, y unos y otros cambiaban miradas y sonrisas, que eran mortal indicio de secretas inteligencias.

Este vocalizaba por aquí, aquél tarareaba por allá, un tercero hacía un gorgorito en un rincón, un cuarto ensayaba un «do» de pecho que terminaba por un hipo, y al mismo tiempo hablaban todos á la vez, profiriendo mil necesidades.

Por último, sonó la campana y corrimos todos á la mesa, con la impetuosidad de invitados oficiales á un gran banquete, dado por la inauguración de un monumento.

Durante la comida, entre gritos y cantos de todo género, bebí por primera vez un vaso puro de ese formidable vino de Jerez, cuyas alabanzas se cantan en los cuatro ángulos de la tierra. Apenas lo hube bebido, cuando sentí que una chispa de fuego recorría todas mis venas, y se inflamó mi

cabeza cual si la hubiera tenido llena de pólvora. Los demás también bebieron y fueron en seguida presa de una alegría desenfrenada y de una comezón de charlar irresistible. La «prima donna» se puso á hablar en italiano, el tenor en francés, el barítono en portugués, los otros en distintos dialectos y yo en todas las lenguas; y después brindis, canciones, miradas, apretones de manos por sobre la mesa, pisadas por debajo y declaraciones de simpatía que se cruzaban en todos sentidos, como las impertinencias de un Parlamento cuando la derecha y la izquierda se tiran los trastos á la cabeza.

Después de la comida, subimos todos al puente, encendidos, hinchados, jadeantes, envueltos en una nube de humo de «cigarritos». Y allí, á la claridad de la luna que plateaba el ancho río y cubría de luz misteriosa el bosque y las colinas, las conversaciones se hicieron más animadas y á las conversaciones siguieron los cantos, pero no ya aires de zarzuela, sino que la emprendieron con las óperas, y allí era cosa de oír los dúos, tercetos, coros con acompañamiento de mímica teatral, mezclados con declamaciones en verso, recitados, anécdotas, risas frenéticas y aplausos estrepitosos.

Por último, rendidos y sin aliento, se callaron todos: los unos se durmieron con la cara al aire, los otros fueron á acomodarse bajo cubierta, la «prima donna» se sentó en un rincón y contempló la luna.

El tenor roncaba, y yo aproveché la ocasión para hacerle que cantase á media voz una arieta de la zarzuela «El sargento Federico». La graciosa andaluza no se hizo de rogar y la cantó; pero á lo mejor, se calló, dejando caer la cabeza. La miré: estaba llorando. Le pregunté qué tenía, y me respondió melancólicamente:

—Pienso en un perjuero.

Después rompió á reír, y volvió á cantar. Tenía una voz armoniosa y delicada, y cantaba con sentimiento de tierna tristeza. El cielo estaba estrellado y el buque resbalaba tan dulcemente sobre

las aguas del río, que parecía no moverse: pensé en los jardines de Sevilla, en el Africa que estaba cercana, en una persona querida que me esperaba en Italia. Cuando la cantante se calló, yo la dije:

—¡Proseguid cantando!... y....

*Lingua mortal non dice
Quel ch'io sentiva in seno...*
(No hay lengua mortal que exprese
lo que sentía en mi pecho).

Al apuntar el día, el buque se hallaba próximo á desembocar en el Océano. El río era inmenso, la orilla derecha á duras penas se veía en lontananza, como una legua de tierra más allá de la cual brillasen las olas del mar. Algunos instantes después, el sol aparecía en el horizonte y el buque salía del río. Entonces se ofreció á nuestras miradas un espectáculo tan hermoso, que si la pintura, la poesía y la música pudiesen fundirse en un solo arte, creo que el Dante con sus más grandes imágenes, el Ticiano con sus más brillantes colores y Rossini con sus más potentes armonías no lograrían, los tres á la vez, expresar toda aquella magnificencia y encanto. El cielo tenía un maravilloso color de zafiro, sin que lo manchase una sola nube, y el mar se dilataba tan manso, que parecía un inmenso tapiz de terciopelada seda: brillaba al movimiento de las suaves ondulaciones que producían una ligera brisa, cual si se hallara cubierta de piedras preciosas; formaba espejos y rayas luminosas; mostraba en lontananza relámpagos de plateada luz y ofrecía aquí y allá altas y blancas velas, parecidas á flotantes alas de gigantescos ángeles caídos. No había visto nunca semejante viveza de colores, una tal pompa de luz, tanta frescura, tanta transparencia y tanta diafanidad de las aguas y del cielo. Se hubiera dicho que era una de esas auroras de la crea-

ción, pintadas por la fantasía de los poetas, tan puras y brillantes, que las nuestras en su comparación no son más que un pálido reflejo. Era algo más que el despertar de la naturaleza y de la vida: era como una fiesta, un triunfo, como una alegría de las cosas creadas, un nuevo soplo de Dios que se esparcía por el infinito.

Bajé á mi camarote para tomar mi antejo; cuando volví á subir, Cádiz estaba á la vista.

La primera impresión que me causó fué la duda de si era ó no una ciudad; luego me eché á reír y en seguida me volví hacia mis compañeros de viaje con el aire de aquel que busca seguridades contra lo que le parece un engaño.

Cádiz parece una isla de plata. Es una gran mancha blanca en medio del mar, sin un tinte más obscuro, sin un punto negro, sin una sombra; una mancha blanca, limpia y pura como una colina cubierta de nieve intacta, que se destaca sobre un cielo color turquesa, en medio de una vasta llanura inundada. Una larga y estrecha faja de tierra la une al continente; por los demás lados la baña el mar, como un barco pronto á hacerse á la vela al que sólo detiene una cadena.

Poco á poco se distinguen las siluetas de los campanarios, los perfiles de las casas, las entradas de las calles. Y todo esto parecía más blanco, á medida que nos íbamos acercando. A pesar de mirar con el antejo, no pude descubrir en aquella blancura la más pequeña mancha ni sobre los edificios, ni alrededor del puerto, ni en los barrios más apartados.

Llegamos al puerto, en el cual sólo había un insignificante número de buques, á gran distancia el uno del otro; descendí á un bote, sin llevar conmigo el equipaje, porque debía salir aquella misma tarde para Málaga. Mi deseo de ver la ciudad era tan ardiente, que por saltar á toda prisa cuando el bote atracó, caí en tierra «como un cuerpo muerto», pero un cuerpo que experimenta, y de veras, todos los dolores de un cuerpo vivo.

*

Cádiz es la ciudad más blanca del mundo; y no bastará que se me objete que yo he visto todas las ciudades, pues tengo para mí que no puede haber otra que lo sea más que una que ya es completa y superlativamente blanca. Nada hay que decir de Córdoba y Sevilla: son blancas como el papel; pero Cádiz es blanca como la leche.

Para formarse de ello una idea, nada hay mejor que escribir mil veces seguidas la palabra «blanco» con un lápiz del mismo color, sobre un papel azul, y poner al margen: «Impresiones de Cádiz».

Cádiz es uno de los más graciosos y más extravagantes caprichos humanos, y no sólo son blancas las paredes de las casas: las escaleras son blancas, los patios blancos, las paredes de las tiendas blancas, los tabiques blancos, los pilares blancos, y blancos son también los ángulos más escondidos y sombríos de las casas más pobres y de las calles más retiradas. Todo es blanco, desde los techos hasta los sótanos, cualquier espacio donde pueda penetrar la punta de un pincel, los agujeros, las grietas, hasta los nidos de los pájaros. En cada casa hay una provisión de cal y de color blanco, y cada vez que la mirada escudriñadora de los inquilinos descubre una pequeña mancha, se apresuran éstos á tomar el pincel para hacerla desaparecer. Los criados no son recibidos en las casas si no son buenos blanqueadores. Un tizne de carbón sobre una pared es un escándalo, un atentado contra la paz pública, un acto de vandalismo. Podéis recorrer toda la ciudad, mirar detrás de todas las puertas, meter la nariz en todos los rincones; no encontraréis más que blanco, siempre blanco, eternamente blanco.

A pesar de ello, Cádiz no recuerda, ni con mucho, las demás ciudades andaluzas. Las calles son

largas y rectas, las casas altas y no tienen los «patios» de Córdoba y Sevilla. Pero no por ello el aspecto de la ciudad es menos agradable á los ojos del extranjero. Las calles son rectas, pero completamente rectas, y como son también muy largas, pues algunas de ellas atraviesan toda la ciudad, se ve al final de ellas, como por el quicio de una puerta, una estrecha faja de cielo que produce el mismo efecto que si la ciudad hubiese sido levantada en la cumbre de una montaña cortada á pico por todos lados.

Por otra parte, las casas tienen muchas ventanas, y cada ventana se halla guarnecida, como en Burgos, de una especie de vidriera saliente que se apoya en la ventana inferior y sostiene la de la superior; en muchas calles las casas se hallan por completo cubiertas de cristales, de un modo que apenas se ve algún pedazo de pared; á uno le parece que cruza por un corredor de un inmenso museo. Aquí y allá, entre dos casas, se elevan las ramas elegantes de una palmera; en todas las plazas hay una masa de verdura frondosa, y en todas las ventanas gran espesura de hierbas y de flores.

En verdad que estaba lejos, muy lejos de figurarme tal cual es, á esta terrible y desdichada Cádiz, quemada por los ingleses en el siglo xvii, bombardeada á últimos del siglo xviii, devastada por la peste, albergue después de las flotas de Trafalgar, asiento de la junta revolucionaria durante la guerra de la Independencia, teatro de matanzas horribles durante la revolución de 1820, objetivo de las bombas francesas en 1823, portabandera de la revolución que arrojó á los Borbones del trono; siempre inquieta y turbulenta, y la primera entre todas en lanzar el grito de guerra.

De tantos acontecimientos, de tantas luchas, no quedan más que balas de cañón empotradas en los muros, pues todas las demás huellas de la destrucción han desaparecido, gracias al inexorable pincel que cubre toda vergüenza con un velo

blanco. Y así como no quedan vestigios de las últimas guerras, tampoco los hay ni de los fenicios que la fundaron, ni de los cartagineses y romanos que la engrandecieron, embelleciéndola á la par, á menos que no quiera considerarse como un vestigio la tradición que dice: «Aquí se elevaba un templo de Hércules, allá un templo de Saturno». Pero el tiempo ha hecho algo más que robar á Cádiz sus monumentos antiguos: le ha quitado su comercio y sus riquezas, desde que España ha perdido sus posesiones de América. En la actualidad Cádiz vive inerte sobre su escollo solitario, esperando en vano los mil navíos que venían antes, brillantes y empavesados, á traerle los tributos del Nuevo Mundo.

Yo tenía una carta de recomendación para nuestro cónsul; fuí á llevársela y me condujo con cortesía á lo alto de una torre, desde donde pude abarcar toda la ciudad de una mirada. Aquello fué una nueva y más viva admiración. Cádiz, vista desde lo alto, es blanca, tan blanca como vista desde el mar; no se ve un tejado en toda la ciudad; cada casa se halla cubierta por una terraza rodeada de un parapeto blanqueado. Y sobre cada terraza se eleva una pequeña torre, también blanca, rematada con otra pequeña terraza, cúpula ó garita, pero todo esto blanco. Todas esas pequeñas cúpulas, almenas y puntas, que dan á la ciudad contornos variados y hermosos, se destacan y parecen más blancos sobre el vivo azul del mar. La mirada recorre todo el istmo que une á Cádiz con el continente, abraza un ancho espacio de la lejana costa, sobre la cual aparecen las ciudades de Puerto Real, Puerto de Santa María, villas, iglesias y casas de recreo, y vaga por el puerto, sobre el Océano y por el hermoso cielo, que lucha en limpieza y esplendor con el brillantísimo mar.

No me cansaba de contemplar aquella extraña población. Entornando los ojos se la entrevé como si la cubriera un inmenso paño blanco. Cada casa parece construída para servir de observatorio as-

trónomico. Toda la población, si el mar inundase la ciudad como en los tiempos antiguos, podría reunirse en los terrados ó azoteas y vivir allí á sus anchas, salvó el miedo natural. Me dijeron que algunos años antes, con ocasión de no sé qué eclipse, se había visto este espectáculo en pleno día. Los setenta mil habitantes de Cádiz subieron todos á las azoteas para observar el fenómeno. La ciudad, de suyo blanca, tomó entonces mil colores; todos los terrados estaban cubiertos de cabezas; se veía con una mirada, barrio por barrio, toda la población. Un murmullo confuso se elevaba hacia el cielo como el mugido del mar, y un movimiento inmenso de brazos, de abanicos, de anteojos dirigidos á lo alto, podían hacer creer que se esperaba la bajada de algún ángel procedente del sol. En un momento preciso, el silencio fué profundo; pero apenas cesado el fenómeno, toda la población levantó un clamor semejante al ruido de un trueno. Pocos instantes después la ciudad volvió á aparecer toda blanca.

*

Al descender de la torre fuí á visitar la catedral, vasto edificio del siglo xvi, que no puede en verdad compararse con las catedrales de Burgos y Toledo, pero que es, no obstante, de una arquitectura noble y valiente, y rica, como todas las iglesias españolas, en toda suerte de tesoros.

Fuí á ver el convento en el cual Murillo, pintando un cuadro sobre el altar mayor, se cayó del andamio, produciéndose la herida que le ocasionó la muerte. Me detuve un poco en el Museo de pintura, que contiene algunos hermosos cuadros de Zurbarán. Entré en la plaza de toros, que es toda de madera y que fué construída en pocos días para ofrecer un espectáculo á la reina Isabel. Por la tarde fuí á dar una vuelta por un delicioso paseo á la orilla del mar y en el cual me mostraron, una tras otra, las más elegantes bellezas de la capital. Cualquiera que sea el juicio

de los españoles, el tipo femenino de Cádiz no me parece menos hermoso que el tan ponderado de Sevilla. Las mujeres son un poco más altas, más metidas en carnes y más morenas. Algunos conocedores en la materia han creído poder afirmar, yo no sé por qué, que se aproximan bastante al tipo griego. Yo no vi, excepto el talle, más que el tipo andaluz, y éste bastó para arrancarme cada suspiro que hubiera empujado un buque, y para hacerme volver lo más pronto posible á mi vapor, como un lugar de refugio y de paz.

Cuando puse los pies á bordo, ya era de noche. Las estrellas centelleaban en el cielo y el aire nos traía en sus ráfagas los acordes de una música que tocaba en el paseo de Cádiz. Los cantantes dormían; me hallaba solo. La vista de las luces de la ciudad, aquella música y el recuerdo de las hermosas caras que acababa de ver, me pusieron triste; no sabía qué hacer de mí. Bajé á mi camarote, tomé el álbum y empecé la descripción de Cádiz; pero sólo pude escribir una docena de veces las palabras «blanca», «azules», «esplendor». Después dibujé una figura de mujer, y luego cerré los ojos y soñé con Italia.

XI

MALAGA

A la caída de la tarde del día siguiente, el buque atravesaba el estrecho de Gibraltar.

Hoy, cuando miro sobre el mapa este último punto, me parece tan próximo á mi casa, que no dudaría ni un instante, si me diera tal antojo y el balance doméstico me lo permitiera, en hacer la maleta y correr á Génova, para embarcarme é ir á gozar una segunda vez del magnífico golpe de vista de los dos continentes.

Pero entonces me parecía estar tan lejano de mi tierra, que después de haber escrito una carta á mi madre sobre el puente del buque, con intención de darla á alguno de los que se quedaban en Gibraltar, para que la echara al correo, me reí de mi confianza al poner la dirección, cual si hubiera sido imposible que mi carta llegase á su destino.

—Desde aquí—pensaba, yo,—desde las columnas de Hércules!—Y decía eso de las columnas de Hércules, como hubiera podido decir del cabo de Buena Esperanza ó del Japón.

«...Me hallo sobre el «Guadaira»; tengo detrás de mí el Océano y delante el Mediterráneo; á la izquierda Europa, á la derecha Africa. A un lado veo el cabo de Tarifa y al otro las montañas de la costa africana, que se aparecen confusamente como una nube gris. Veo Ceuta, un poco más le-